

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Guillermo Hurtado, *Proposiciones russellianas*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 1998, 337 pp.

1. Introducción

Guillermo Hurtado nos entrega un libro como resultado de un intenso trabajo en dos de los ámbitos más difíciles y arduos de la filosofía: la lógica y la ontología. Ahora son dos disciplinas que se encuentran menospreciadas y reciben escaso cultivo. Esto hace que el libro de Hurtado crezca en importancia. Se trata de una labor constructora de sistema, con un cuidado y rigor —debo decirlo— como pocas veces se encuentra en nuestro medio. Veo dos partes en esta obra, titulada *Proposiciones russellianas*: a) una parte expositiva de la teoría lógico-ontológica de Bertrand Russell sobre el esquema proposicional básico, y b) otra parte propositiva de una nueva teoría, que es aportación de Hurtado, a partir de la teoría russelliana.

Procederé con orden, y primero hablaré de su parte expositiva, que ya es crítica, donde rechaza o corrige en muchos puntos al célebre filósofo inglés. Destacaré solamente los aspectos que me parecen más relevantes; después pasaré a la exposición de la propuesta de Hurtado, tratando de resumirla y de presentar algunas dificultades y objeciones donde me parezca necesario, y también

resaltaré los numerosos méritos que encuentro en su método y en su contenido.

2. Exposición de Hurtado de la teoría russelliana de la proposición

Guillermo Hurtado comienza su exposición con el curioso episodio en el que Russell envía el manuscrito de su *Theory of Knowledge* a Wittgenstein, quien le contesta en una carta, con su proverbial ausencia de tapujos, que su libro estaba mal, que era incorrecto, debido a que tiene una deficiente teoría de las proposiciones.

Hurtado nos cuenta la historia de esa búsqueda *cuasi* obsesiva de Russell de la teoría correcta que diera cuenta de las proposiciones en su forma lógica y en su forma ontológica, es decir, en cuanto a la constitución de los hechos. En ambos casos, la proposición estaba vinculada con la noción de relación. En el aspecto lógico, Russell se opone a la idea tradicional del esquema proposicional como sujeto y predicado (que en el lado ontológico era la inherencia de un accidente en una sustancia). Aunque se le consideraba como el esquema aristotélico, Hurtado señala con buen cuidado que no todos los aristotélicos lo siguieron, y que ya en la Edad Media hubo algunos, como Escoto y Enrique de Harclay —a quienes menciona Hurtado—,¹ que vieron la proposición como relación. Habría que añadir a Ockham y Vicente Ferrer.² De Ockham habría que decir, además,

que esbozó toda una lógica de relaciones, en la cual se apoyó Ch. S. Peirce para construir y desarrollar la suya propia. De hecho, mucho antes que Russell, hacia 1870, Peirce había expuesto una teoría de la proposición en sentido relacional, según la cual los predicados eran relaciones n -ádicas, esto es, monádicas las que sólo son atributos, y poliádicas las que además tuvieran ese estatus relacional. Y la lógica de relaciones de Peirce estuvo basada en Ockham.³ Considero a Hurtado como un seguidor o acompañante en la tarea de señalar antecedentes de doctrinas calificadas de actuales, ya en los filósofos medievales ya en otros, como los coloniales novohispanos, en el espíritu de mi obra de 1981, *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*.⁴

Sin embargo, es innegable que sí hubo muchos que cerraron el esquema proposicional a la sola inherencia, empujando sus posibilidades. Esto fue característico, sobre todo, de lo que en la historia de la lógica suele llamarse "periodo clásico" o de "lógica tradicional" —como lo denomina Bochenski—,⁵ que es el de Hobbes, Leibniz, Wolff y Kant. Allí se ha visto que prosperó ese dogma de la predicación como sola inherencia, o contención. Por eso Russell, como muy bien apunta Hurtado, lo detectó en sus investigaciones sobre Leibniz de 1900. Fue cuando se dio cuenta de que había que destronar el modelo imperante, para poder exhibir la forma lógica proposicional de la realidad. Defiende, pues, el modelo relacional de la predicación y de la proposición; ve la importancia de las relaciones.

Se convierte, así, junto con Moore, en uno de los defensores de las relaciones externas, y no sólo de las internas, en contra de Bradley, MacTaggart

y los hegelianos ingleses. Hurtado logra hacernos ver muy bien lo decisivo que era para Russell la elaboración de una teoría de las relaciones. Una teoría ontológica que desarrolló en una época posterior. Sabemos que en esa época (1917–1918), que coincide con la edificación del atomismo lógico de este autor y de Wittgenstein, tuvo una postura realista platónica en cuanto a las relaciones, postura que se expresa claramente ya desde 1910, en *Los problemas de la filosofía*. Por supuesto que no rechaza las relaciones internas; pero las matiza, como relaciones fundadas. Con base en los predicados necesarios de las cosas, establece sus esencias o naturalezas de manera un tanto más amplia que Aristóteles y los escolásticos, dado que tenía una idea distinta de las modalidades lógicas.

Hurtado aborda el tratamiento ruselliano de la denotación, que fue pensada para las matemáticas, pero que también se aplicó a la semántica.⁶ Russell, ya en *The Principles of Mathematics*, de 1903 (sobre todo en uno de sus apéndices), expone su teoría de la denotación en contra de Frege, que prefirió la diada sentido-referencia, sobre todo para explicar el significado de los nombres propios. Mientras que para Frege el sentido de los nombres propios eran las descripciones en las que se podían parafrasear, Russell usaba las descripciones para eliminar los nombres propios de las proposiciones. De esta manera, heredando de Ockham, a través de Stuart Mill, el concepto de denotación, pero sin el de connotación o sentido, Russell adopta una perspectiva referencialista o denotativista, excluyente del sentido o connotación.

Hurtado expone muy claramente la teoría de la función, comparando la pos-

tura de Russell con la de Frege. Este último veía la función como la parte insaturada de la proposición o juicio. Los nombres de función, para él, se referían a conceptos, a diferencia de los nombres de argumento, que se referían a objetos. Además, Frege distinguió la proposición de la aserción. Lo hizo por influencia de Meinong, que ya distinguía entre contenido proposicional y contenido proposicional aseverado por una aserción (*Annahme*), con lo cual había una *Satz* (proposición). Esta última se daba como la proposición puesta en acto por la aserción. Russell rechaza que la aserción sea la proposición toda; es una parte de ella, o, más exactamente, lo mismo que la función fregeana.

En la parte de las frases denotativas, Hurtado refuta bien las objeciones de Geach a la teoría russelliana, pues hace ver que Geach no la interpretó correctamente.⁷ Obsesionado por sus críticas a la teoría de la distribución lógica, la glosa en términos muy parecidos, de modo que se le apliquen las dificultades que se aplican a aquélla. Tan obsesionado estaba Geach en su crítica de la distribución lógica, que también a la teoría escolástica de la suposición le atribuía parejos problemas. Pero no se le aplican, y no coinciden en su naturaleza, por lo que sus objeciones tampoco proceden.

También se pregunta Hurtado acerca de la ontología de la variable. Es decir, a qué se refiere, y señala al individuo vago, que es una noción que viene desde la escolástica y pasa por Leibniz. Dice que uno de los pocos que se preocuparon por esa ontología de la variable fue Héctor-Neri Castañeda.⁸ Otro que yo conozco es Guido Küng, en un libro sobre los universales publicado primero en Viena, en 1963, y más tarde en Holanda, en

1965,⁹ después de ser reelaborado en Notre Dame (Indiana), cerca de donde estaba Castañeda, en Bloomington, en el mismo estado de la Unión Americana.

Igualmente acertado se nota el autor en su exposición de la complicada teoría de las descripciones. La teoría, iniciada en el artículo "*On Denoting*" (1905), como el nombre lo dice, continúa la doctrina de la denotación. Se conecta con la denotación de los términos afectados por cuantificadores, y se centra en el descriptor, que cuantifica sobre un solo individuo. Hurtado nos hace entender por qué el rey Jorge IV no preguntaba algo inútil al inquirir si el autor de *Waverley* era Walter Scott. También nos hace comprender cómo se elimina el nombre de la proposición con la descripción, y cómo se obtiene así una denotación única y clara a un solo individuo.¹⁰

Asimismo Hurtado aborda la teoría de los tipos lógicos, ideada por Russell para evitar las paradojas de conjuntos,¹¹ la cual es, junto con la teoría de las descripciones, la otra aportación más distintiva de Russell. Hurtado realiza un abordaje más sucinto, sin tanta morosidad y delicadeza como en el caso de las descripciones. No encuentra el mismo cúmulo de problemas, o tal vez esa doctrina tiene para él menor importancia que la otra, más semántica, de las descripciones.

Pasa después al tema de la creencia, que es una de las principales así llamadas, actitudes proposicionales.¹² Hurtado expone las investigaciones russellianas sobre la relación que tiene la creencia con la predicación, las proposiciones y su referencia a la realidad o correspondencia (*i.e.* verdad en sentido correspondentista), mostrándonos cómo las creencias influyen en la correspondencia de las proposiciones (que lo

hacen a veces por referencia indirecta). Todos ellos son temas difíciles de la especulación russelliana, por los que hábilmente navega Hurtado y sale airoso de su aventura.

3. *Propuesta de Hurtado de una teoría neo-russelliana de la proposición*

Pero lo más importante en el trabajo de Hurtado es el epílogo, en el que hace una verdadera propuesta, a partir de Russell, digamos neo-russelliana, muy pensada y novedosa, seria y arriesgada a la vez. Eso tiene el mérito de concentrar nuestra atención en los problemas abordados y las soluciones aportadas. Demasiado modestamente, Hurtado llama a su epílogo "Notas para una teoría ontológica de la predicación",¹³ pero es mucho más. Es un retomar los problemas que fue señalando en su exposición y un tratar de darles solución.

Hurtado propone una ontología interesante. A mí me recuerda mucho a Gustav Bergmann, quien hizo uno de los últimos intentos de una metafísica realista comprensiva a fines de los años 60.¹⁴ Los seres pueden ser entes o modos. Los entes se dividen en simples y no-simples. Los primeros abarcan objetos, propiedades y relaciones. Los no-simples, proposiciones y funciones proposicionales (que son partes abstractas de proposiciones). Los modos, a su vez, se dividen en modos de entes y modos de modos. Hay relaciones de dependencia ontológica entre estas categorías. Por ejemplo, los entes no-simples dependen de los simples, los modos dependen de los entes, y los modos de modos dependen por ello de los modos de los entes. Pero, a su vez, los entes no-simples dependen de modos, los cuales, como se dijo, dependen de los entes simples.

Los modos fueron propuestos ya por Francisco Suárez; las partes abstractas de un todo, lo fueron por Husserl. Así, para Hurtado, el vínculo de predicación es un modo de la proposición, un modo relacional que integra a los constituyentes de la proposición.¹⁵ Y como los modos pueden tener, a su vez, modos, el vínculo de predicación puede tener modos: formas russellianas. El modo y la parte interna dan paso a la existencia de relaciones internas. Éste es el punto en el que la ontología de Hurtado difiere radicalmente de la de Russell. Y es que sólo así se evita el problema o paradoja de Bradley —el de la regresión infinita de relaciones—, pues, al ser el vínculo algo no relacional, no se desata con él este tipo de regreso infinito.

Pero aquí tengo una objeción para Hurtado, para el mismo Bradley y para todos los que plantean un regreso infinito relacional. Éste se da si lo que une sujeto y predicado es una relación, sobre todo una relación externa. Por eso Hurtado plantea un vínculo predicativo no-relacional, como el modo. Pero esto no hace falta si se considera que sujeto y predicado se unen de manera inmediata, no a través de un mediador. (Sólo los mediadores se irían exigiendo uno tras otro hasta el infinito.) Por ejemplo, en la teoría aristotélico-tomista de la predicación, sujeto y predicado se unen sin intermediario, al modo como lo hacen la materia y la forma. Ya se ha evitado este tipo de regreso relacional en el campo de la teoría de los universales, por ejemplo por David M. Armstrong, precisamente con la teoría aristotélica del universal concretizado en el particular, al modo de materia y forma en el ente individual.¹⁶

En cuanto al problema que recibe Frege de Meinong (el de la *Annahme* o aserción), Hurtado lo resuelve di-

ciendo que es un modo contingente de la proposición. Hurtado se centra en las proposiciones atómicas, pues las moleculares ponen el problema suplementario de la ontología de los conectivos. Defiende que las proposiciones verdaderas son idénticas a los hechos que describen y reclama —lo que me parece bien— la distinción fregeana entre sentido y referencia, que Russell quería cancelar. Las proposiciones russellianas tienen como constituyentes objetos con propiedades, y además vínculos que predicen unos de otros. (Wittgenstein aceptaba los hechos como compuestos de objetos, Russell no, sino sólo hechos, pues no les concedía partes.)

Buscar la forma lógica del mundo está en los orígenes de la metafísica. Es algo válido, y que no ha terminado. Estoy de acuerdo con Hurtado en que “la razón de mayor peso para defender el isomorfismo lógico entre oraciones y hechos es que sustenta una coincidencia entre categorías lógicas y ontológicas que tiene una riqueza explicativa nada desdeñable”.¹⁷ De hecho, definiendo esta idea en mi libro *Lógica y ontología*, de 1986, citado por el propio Guillermo Hurtado.¹⁸ Es en eso donde más me identifico con la empresa filosófica de nuestro autor, y donde me siento en la misma línea, compañero del mismo camino, de la misma aventura metafísica, atenta a la lógica.

En lugar de ver la Verdad y la Falsedad como propiedades de las proposiciones, Hurtado las ve como *modos* suyos. Así, el que la proposición sea verdadera o falsa no es un hecho distinto de la proposición misma. Los mundos posibles son conjuntos de proposiciones russellianas y el actual —como ya decía Wittgenstein— es el conjunto de las proposiciones russellianas verdade-

ras: la totalidad de los hechos. Es lo verdadero, la verdad, el conjunto de las verdades. Aquí sólo creo que cabría hacer una leve pregunta: ¿abarca sólo las verdades de hecho o también las verdades de razón, o verdades lógicas, como los principios o axiomas, incluso los que son válidos transmundanamente o para todos los mundos posibles?

Agrega Hurtado que no todas las partes son constitutivos de la proposición. Algunas son constituyentes, pero otras son elementos. Hay, además, algunas partes que son abstractas. Las partes se aclaran mediante la distinción entre análisis lógico y abstracción lógica (a veces menospreciada). El análisis pretende lo que los escolásticos llamaban distinción real; la abstracción, lo que ellos mismos llamaban distinción formal *ex natura rei*. Hurtado hace aquí un uso interesante de Juan Duns Escoto y esa distinción que le valió el sobrenombre de “sutil”. Russell no alcanzó a distinguir claramente entre análisis y abstracción. Hurtado debe esa distinción a los escolásticos. Y me parece un ejemplo o paradigma de utilización de la riqueza conceptual lógico-metafísica de una tradición europea que embona con nuestra tradición mexicana, a través de los filósofos novohispanos.

La forma russelliana —explica Hurtado— es de proposiciones; la forma lógica es de inferencias. Es decir, la forma russelliana no es lógica sino ontológica. Las funciones proposicionales son partes abstractas de sus valores. De ahí que sean esencialmente predicativas, entre otras cosas. No son, para él —como ya vimos—, aserciones. Tienen, en efecto, diferente identificación que ellas. Hurtado se opone a Russell, al negar que la variable sea constituyente de la función. Y observa que la distinción entre

variables y formas russellianas es de razón (tan cara a Ockham). Como se ve, Hurtado usa a los escolásticos para aclarar cosas actuales (con la teoría de las distinciones, por ejemplo). Sobre todo lo hace con la noción suareciana de distinción modal.

Esa utilización de la distinción modal suareciana me parece que va en la línea de mi trabajo sobre las distinciones escolásticas y su influjo en la modernidad,¹⁹ pero Hurtado las hace aplicar hasta en la época contemporánea. Me parece excelente esta recuperación. Veo todo esto como un enriquecimiento de la filosofía en el que se recuperan pensamientos valiosos de distintas procedencias, sin importar la época de la que vienen. Eso supera el mismo "superacionismo" de muchos historicismos simplificados, según los cuales todo lo anterior ha quedado "superado" y trascendido.

4. Conclusión

En síntesis y conclusión, la empresa filosófica de Hurtado, de construcción analítica de la metafísica, me parece algo muy encomiable y que debe constituir un paradigma en nuestra filosofía mexicana. De hecho se inserta en esa venerable tradición de los lógicos y ontólogos novohispanos que continuaron la agudeza conceptual de los medievales, tan ricos en la elaboración de sus instrumentos lógicos y semánticos. Se ve claramente el parecido de estos pensadores con los que

aglutinamos de alguna manera demasiado amplia con el nombre de "filósofos analíticos".

Es el análisis filosófico, o análisis lógico-lingüístico, en busca de una ontología formal, lo que se ha practicado en este trabajo. Y es un filosofar muy competente y arduo, por lo que es rehuido y poco frecuentado. Es de congratularse que un filósofo como Guillermo Hurtado, con la preparación que tiene para estos menesteres lógico-semánticos, se dé a la tarea de la recuperación de la ontología o metafísica; en estos tiempos de tanta flojera intelectual, de investigaciones *light*, que señalan la postración de nuestra cultura contemporánea.

Es, sobre todo, ejemplo y paradigma para nuestra filosofía mexicana. Traza rumbos, señala senderos, principalmente hacia esa disciplina tan importante y tan injustamente vilipendiada como es la metafísica u ontología. Se la ha acusado de varias cosas con falacia, o por lo menos debido a confusiones conceptuales, a falta de distinción de aspectos, a veces incluso por capricho y por moda, o por pose. Y ya es tiempo de que sea reivindicada. Pues bien, la mejor manera de vindicarla de nuevo es hacer trabajos rigurosos y convincentes que nos persuadan de su necesidad y de la suficiencia que tenemos para hacerla, y esto nos lo muestran estudios como el de Guillermo Hurtado.

MAURICIO BEUCHOT

Notas

¹ Guillermo Hurtado, *Proposiciones rusellianas*, *op. cit.*, p. 29, n. 1.

² M. Beuchot, "Un antecesor de Frege: Vicente Ferrer (s. XIV) y la estructura proposicional", en *Escritos del Vedat* (Valencia, España), no. 16, 1986, pp. 389-397.

³ E. Michael, "Peirce's Earliest Contact with Scholastic Logic", *Transactions of the Charles Sanders Peirce Society*, no. 12, 1976, pp. 46-55.

⁴ G. Hurtado, *op. cit.*, pp. 34, 322 y 329. Véase M. Beuchot, *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 1981 (1a. ed.), 1991 (2a. ed.). Véase también W. Redmond y M. Beuchot, *La teoría de la argumentación en el México colonial*, UNAM, México, 1995.

⁵ I.M. Bochenski, *Historia de la lógica formal*, Gredos, Madrid, 1967, pp. 267-277.

⁶ Hurtado, *op. cit.*, pp. 83 ss.

⁷ *Ibid.*, pp. 104 ss.

⁸ *Ibid.*, p. 127, n. 3.

⁹ G. Küng, *Ontologie und logistische Analyse der Sprache. Eine Untersuchung zur zeitgenössischen Universaliendiskussion*, Springer-Verlag, Viena, 1963; el mismo, *Ontology and the Logistic Analysis of Language. An Inquiry into the Contemporary Views on Universals*, 2a. ed., Reidel, Dordrecht, 1967.

¹⁰ G. Hurtado, *op. cit.*, pp. 164 ss.

¹¹ *Ibid.*, pp. 207 ss.

¹² *Ibid.*, pp. 245 ss.

¹³ *Ibid.*, pp. 283-320.

¹⁴ G. Bergmann, *Realism*, The University of Wisconsin Press, Madison, Milwaukee y Londres, 1967; véase una exposición de su metafísica en M. Beuchot, "Ontología y universales en Gustav Bergmann", *Crítica*, UNAM, vol. XI, no. 33, 1979, pp. 19-48.

¹⁵ G. Hurtado, *op. cit.*, p. 287.

¹⁶ D.M. Armstrong, *Universals and Scientific Realism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, 2 vols., trad. de J.A. Robles, UNAM, México, 1982. Véase, además, M. Beuchot, *El problema de los universales*, 2a. ed., UNAM, México, 1981, UAEM, Toluca, 1997, pp. 409-428.

¹⁷ G. Hurtado, *op. cit.*, p. 293.

¹⁸ M. Beuchot, *Lógica y ontología*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara-México, 1986; citado por Hurtado en *op. cit.*, p. 105.

¹⁹ M. Beuchot, "La teoría de las distinciones en la Edad Media y su influjo en la Edad Moderna", *Revista Española de Filosofía Medieval*, no. 1, 1994, pp. 37-48; citado por Hurtado en *op. cit.*, p. 286.

José María Rosales, *Política cívica. La experiencia de la ciudadanía en la democracia liberal*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998, 285 pp.

El nuevo libro de José María Rosales trata la dimensión cívica de la política, con objeto de examinar sus posibilidades en el contexto de nuestras democracias liberales. Porque si la expresión "política cívica" constituye una redundancia en sentido etimológico, como nos recuerda

el autor, no carece de relevancia normativa en lo que respecta a los actuales debates sobre la democracia, especialmente si consideramos el funcionamiento efectivo de las instituciones representativas, que relegan o dejan poco lugar a la participación de los ciudadanos en el proceso político.

El libro está escrito con la convicción de que es necesario recuperar o revitalizar la experiencia cívica de la política y llamar la atención sobre sus condiciones normativas, con el propósito crítico de desmontar la identificación de la de-